

rotos, muy rotos, y sucios no rara vez.

A dónde van todas las mañanas, tan á la carrera, peleándose por adelantarse unos á otros, atravesando «el Morazán» para llegar más pronto? Van al almuerzo del «Edificio», almuerzo que diariamente se les prepara en la gran cocina que hay en uno de los corredores.

Ellos saben, —los grandes desde hace varios años; los pequeñuelos que cursan el primer grado, desde que llegaron en marzo á la escuela,—que hay allí en el gran edificio que da frente á los jardines del Morazán, quien con todo cariño los espera con ollas llenas de un almuerzo sabroso para repartírselos en cuanto cada uno esté en su lugar, al rededor de la mesa que le corresponde; y que allí, ella, la dueña del corazón que espera á esa bandada de pajaritos huérfanos de bienestar y abundancia y que sabe que son huéspedes exigentes porque tienen un estómago que los maltrata si no recibe lo que necesita, da, en seguida que lleguen, su parte á cada uno: grandes platos de sopa caliente, arroz, frijoles, café con pan y un rico banano como postre.

Las mesas, grandes y groseras, están colocadas en un salón embaldosado en cuyo torno se levantan muchos altos pilares de hierro; antes de la llegada de los niños están muy silenciosas, adornadas siempre con carpetas blancas salpicadas de flores azules que coquetamente se les ha vestido, y con

largas hileras de platos sobre sus dorsos; al rededor de ellas descansan las bancas en que bien cerca unos de otros han de sentarse los pequeños comensales. Después de la entrada de éstos las mesas se alegran y parecen cantar cuando cada una despide innúmeras columnitas de humo gratamente oloroso.

Qué algazara! Cómo les alegra á los chiquillos el almuerzo que tienen á su frente; todos conversan y ríen con su risa incansable de niños. Y qué contentos se van, una vez satisfecho su apetito, diciendo: «hasta mañana, niña Estercita»,—despedida en que va envuelta toda una cariñosa recomendación para que al día siguiente se les tenga igual festín, porque para ellos es un festín cada almuerzo en «el Edificio». Y se comprende así que no les alegren las vacaciones. «Ay!—decía una morenilla cuando se le anunciaron las vacaciones del pasado mes de julio, —ni almuerzo en «el Edificio», ni chocolate en mi escuela!» Porque en su escuela también amparan cariñosamente la desgracia de las pobrecitas á quienes nada bueno espera á la llegada á sus casas; se les da una taza de chocolate y un pedazo de pan fresquito cada día. La exclamación de la morenita, su ¡ay! de congoja dice más que todo lo que se ha dicho acerca de los chiquitos pobres que van á las escuelas con sus estómagos vacíos, á nutrirlos, y á llenar sus cabecitas de letras y de números...

IRINA¹

De todo y de todos

Fuera de la manada. — «Estoy fuera de las manadas republicana, socialista, anarquista o como quiera Ud. apellidarlas. No me siento superior a ninguno de mis lectores. Considero esta sección como una carta que dirijo periódicamente a un cierto número de compañeros o amigos—entre los cuales hay, por supuesto, enemigos y decepcionados—. Hé aquí, digo al lector, reflexiones, artículos, noticias, que me han sido enviados directamen-

te o que he recogido yo recorriendo libros y periódicos que usted no lee quizá. Con independencia de juicio y de acción, examino el mundo y las ideas, adopto lo que creo bueno y aun agrego algo mío según la verdad que percibo, puesto que también poseo una teoría que nace de hechos vitales y no de la invención arbitraria del que for-

¹ Pseudónimo que encubre la firma de una modesta y talentosa maestra que aun no se resuelve á poner su nombre en sus trabajos.